

EL DESAFIO DEL DIABLO.

PRIMERA PARTE.

INTRODUCCION.

Nació Doña Beatriz
Para monja destinada,
Mas salió al mundo inclinada
Y no fué eleccion feliz.

Con demasiado devoto
Corazon, en su preñez
Hizo su madre tal vez
Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
Que antes de nacer la dió
Beatriz, que se temió
Por ella, y con fundamento.

Y ella, á impulsos del fatal
Dolor, á Dios hizo ofrenda
De aquella azarosa prenda
De la dicha maternal.

¿Mas por qué á Dios ofrecer
Lo que otro ha de cumplir?
¿Quién puede necio! decir
Lo que otro ha de querer?

Ello es una aberracion;
Mas ello es cierto tambien,
Que de estas cosas se ven,
Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
En mal de que bien salieron,
Por sus hijos ofrecieron.
¡Tantos malos hay así!

Pero ¡oh lector! felizmente
En los tiempos que alcanzamos,
De estos sucesos no hallamos
Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás,
Por vano que hayas el seso,
Que pasaban con exceso
Diez ó doce años atras.

¿No era duelo ver un chico
De seis años enredando
Por la calle, y ya arrastrando
Un hábito dominico?

¿O asida á los guardapieses
De una fresca montañesa,
Hecha una Santa Teresa
Una chica de once meces?

Así Beatriz anduvo
Toda su infancia, así oía
Las razones noche y dia
Que para el hábito hubo.

Y así pasaron sus bellos
Y primeros ocho abriles,
Entre juegos infantiles,
Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche
Lujosamente ataviada,
Y de flores coronada
La metieren en un coche.

Ella al mirarse tan linda
Con errado pensamiento
Juzga que solo el convento
Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
Si siempre ha de ser querida,
Como cuando recibida
Fué por la madre Abadesa.

Quedóse en el locutorio
Su madre y la superiora,
Llevóla, pues era hora
A cenar al refectorio.

Allí todas á porfia
Las madres la acariciaron,
La dieron y la otorgaron
Cuanto en gana la venia

Así Doña Beatriz
Quedó á monja destinada
Y en el convento encerrada;
Mas ¿fué dentro de él feliz?

¡Ah! fueron unos tras otros
Sus dulces años huyendo,
Nacer en su ánima haciendo
El deseo y la razón.
Y huyéronse una por una
Las deliciosas visiones,
Las dichosas ilusiones
Que adoró su corazón.

Sintió dentro de él entonces
Desconocido, insufrible,
Un deseo incomprendible,
Una triste vaguedad,
Que turbaba eternamente
Sus oraciones, sus sueños,
Con recuerdos halagüenos
De otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso
Entre la santa armonía,
Otras músicas oía
De mas alegre compas.
Y de los santos ejemplos
En las sagradas memorias,
El germen de otras historias
Mas seductoras quizas.

Y ella bulliciosa un tiempo,
Y alegre y entretenida,
Silenciosa y distraida,
Y triste á andar empezó;
Y oculta allá de su celda,
En un rincón solitario,
El ídolo en formas vario
De la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente
Y exaltada fantasía,
Los gustos á que algún día
Renunció sin grande afán;
Y vió con mortal tristeza
Que ahora los apetece,
¡Ah! porque de ellos carece,
Porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa
Ribera fresca de un río,
Que paseaba en el estío
De la luna al resplandor:
Aquella fuente escondida
Del soto entre los jarales,
En cuyos frescos raudales
Su sed templaba y su ardor:

Aquellos anchos balcones
Sin reja y sin celosía,
Que allá en su casa tenia
La calle para mirar:
Y á través de cuyos lienzos
Podia tranquilamente
El tumulto de la gente
Y el aire libre gozar.

Todos los dulces recuerdos
De su deliciosa infancia,
Dorados por la distancia,
Mas caros á su ansiedad,
Hervian en su memoria,
Despertando sus pasiones
Las primeras emociones
De su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel río,
Y en redor de aquella fuente,
Y entre la turba de gente
Que vía por su balcon,
Tal vez alcanzaba errando
Una vision hechicera,
Cuya sombra pasajera
Turbaba su corazón.

¡Ay! esclamaba la triste,
Contristada y dolorida:
Cuán monótona es la vida,
Cuán sin gloria y sin placer!
¿Qué es para mí el universo,
Si yo cual ave entre redes
Estoy entre estas paredes
Condenada á nunca ver?

¿Qué valen las maravillas
Que Dios sembró por su suelo,
Si solo alcanzo del cielo
Un giron escaso y ruin,
Y el cántico pasajero
De algún pajarillo errante,
Que se detiene un instante
En las ramas del jardín?

Así en el fondo del claustro
Donde cautiva moraba,
Allá á sus solas pensaba
La olvidada Beatriz.
Y así corriendo los años
Se prepara, aunque la pesa,
A quedar monja profesada,
Y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ay! que oculto veneno
De estas memorias amargas,
Prensadas de horas tan largas,
En la larga soledad,
En su corazón fermenta,
Y del corazón brotando,
Va en su cuerpo germinando
Peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía
El corazón la devora,
Víbora desgarradora
Que con él ha de acabar.
Y lenta é inextinguible,
Que sin descanso la deja,
Fiebre ardorosa la aqueja
Imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre,
Sin alivio de un momento:
Acosan su pensamiento
Mil delirios en tropel.
Asaltan su fantasía
Mil imposibles antojos,
Y llanto vierten sus ojos,
Mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empiricos
No pueden con su dolencia:
Ninguno logra la ausencia
De su recóndito mal.
En vano su ciencia apuran,
Sus elixires destilan
En vano, nunca aniquilan
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida
Por fuego íntimo y secreto,
Busca en vano un amuleto
Contra tal desolación.
Mas en vano los doctores
Con sus brebajes la affigen,
Si del mal está el origen
En su ardiente corazón.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?
¿Quién arranca sus suspiros?
¿Quién ¡ay! tan fatales giros
A sus desvarios da?
"Lejos de mí," en los accesos
Grita de su calentura!
"Vuestra vista es mi tortura;
¿Quién de vos me librará!

Lejos de mí, lejos, lejos,
Fieros espectros con tocas,
Que con hipócritas bocas
Me predicáis la virtud,
Y con fraternales manos
Me estais preparando un traje,
Con que mas horrenda baje
Despechada al ataúd.

¡Lejos! dejadme tranquila;
Me estais ahogando... dejadme;
Abrid la reja, aire dadme,
Quiero el aura respirar..."
Y así Beatriz diciendo,
Se desespera y se agita
Con violencia inaudita,
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
La debilita y la estenua,
Y el hondo letargo atenua
De su delirio el ardor;
Y las madres aterradas
Conjuran con oraciones,
De sus horrendas visiones
El tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)
Con intento mas humano,
Otro médico mundano
Resolviéronse á llevar,
Y á pesar de los obstáculos
Que las monjas opusieron,
Una tarde consiguieron
Hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves
Conocimientos científicos,
Condenó los específicos
Y las drogas condenó:
Y enterado de los síntomas,
Con la fria indiferencia
Del oficio y de la ciencia
Tal plática ocasionó.

EL DOCTOR.

¿Qué edad tiene esa muchacha?

EL PADRE.

Quince años.

EL DOCTOR.

¿Ha profesado?

EL PADRE.

Aun está en el noviciado.

EL DOCTOR.

Pues remedio tiene aún.

EL PADRE.

Decid cuál.

EL DOCTOR.

Uno tan solo;

Si adoptarlo no se quiere,
Esta muchacha se muere.

LA ABADESA.

Decidnos cuál, y según...
Si no es algún sortilegio
O algún infernal conjuro.

EL DOCTOR.

Madre, aquí no hay nada impuro,
Por vida de Barrabás!
Yo tengo un coche á la puerta;

La vestimos al momento,
Y la saco del convento.

LA ABADESA.

¡Sacarla, Jesús!

EL DOCTOR.

No hay mas.

LA ABADESA.

¡Sacarla dice! ¡qué audacia!

¡Estraer una novicia!

El rey nos hará justicia;

No será.

EL DOCTOR.

¿Cómo que no?

Enfermo á quien tomo el pulso

Y á quien remedio consigo,

Se salva ó muere conmigo.

LA ABADESA.

Yo haré...

EL DOCTOR (interrumpiéndola.)

Quien hará soy yo.

(Al padre). Señor mio, ¿tener hija

Quereis ó no? Vamos claros.

EL PADRE.

Sí, sí.

EL DOCTOR.

Pues fuera reparos,

Y agarrad de ese colchon.

EL PADRE.

¿Qué vais á hacer?

EL DOCTOR.

A llevármela.

EL PADRE.

¿Y el poder de la Abadesa?

EL DOCTOR.

Si la chica no es profes,

Nada puede, en conclusion.

Con que asid de esas dos puntas,

O vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera

Entre el padre y el Doctor,

Y pesar de todo el claustro,

De su hija Beatriz asieron

Y en el coche la pusieron;

Y las mulas con vigor

Arrancando, les sacaron

De la grita y confusion

Con que el coro de las monjas

A despedirles salió.

Y desde aquí, tras aquesta

Necesaria introduccion,

Toma principio la historia,

¡Oh carísimo lector!

Y esta no es fábula vieja

Hallada en un cronicon;

No es fantástica leyenda

De que soy el inventor.

Es tal cual voy á escribirla,

Del pueblo una tradicion,
De boca de un pueblo oída,
Siendo un viejo el narrador,
Y la cual voy á contarle
Como á mí me la contó.

I.

En el fondo de un valle,
Por en medio del cual ancha vertiente

Abre á sus turbias aguas un torrente

Honda y torcida calle;

Torrente en el Invierno,

Y arroyo en el Estío,

En Julio despreciado, y en Diciembre

Con honores de rio;

Cercado de peñascos y maleza

Por ambos horizontes,

Y hundido entre dos montes

De fértil aspereza:

En este valle, pues, estas montañas

Poseia don Lúcas de Hinestrosa,

Padre de Beatriz, quinta escondida,

Saludable y frondosa,

Y en el sitio mejor de ambas Españas

Sentada y construida.

En Córdoba la bella,

Ciudad moruna de recuerdos rica,

Cuyas calles estrechas,

Y cuyas casas de ladrillos hechas

El gusto actual critica;

Mas cuya situacion encantadora,

Cuyo nombre halagüeño,

Como memoria de agradable sueño

El Moro aun en el desierto adora.

En aquellas montañas formidables,

Habitadas un dia

Por viejos ermitaños venerables,

Y habitadas primero

Por derviches fanáticos, es donde

Don Lúcas de Hinestrosa

A Beatriz esconde,

Y allí, donde la cándida novicia

El aire y agua saludable goza,

A su nociva enfermedad propicia.

Allí á lo menos, desde la alta cumbre

Libres pasean sus avaros ojos

Estenso campo; y varia muchedumbre

De objetos mil distintos,

De la naturaleza mil antojos

Alcanzan por los mágicos recintos

De aquellos naturales laberintos.

Allí goza del cielo

Cuanto abarcan entrambos horizontes,

Y largo campo del vistoso suelo.

Allí en la estensa vega

Que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,

Ve cubrir la magnífica campiña

El apareado olivo siempre verde,

La rubia mies y la fecunda viña,

Y la estendida pita

Sembrada en los vallados,

Y la roja amapola que se agita

Dando aroma y color á los sembrados:

Y las hojas pegadas

De los higos de tuna,

De los lagartos con pasion amadas,

Y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos

Y las verdes dehesas,

Donde encerradas en campestres cotos

Dan crias retozonas y traviesas

Las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,

Desde aquellos peñascos donde habita,

La poblacion morisca coronada

Por la bella y mas célebre mezuquita,

A los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus piés en la montuosa tierra,

Teatro un tiempo de azarosa guerra,

Brotar continuamente,

Cercados de silvestres florecillas,

Ya el manantial de rumorosa fuente,

Ya corpulentos robles,

Ya enlazada á las hayas amarillas

Con recios brazos y con nudos dobles

La cariñosa yedra,

Cuya oculta raiz nace en la piedra.

Allí el aire tranquilo se embalsama

Con los gratos olores

Que la feráz frondosidad derrama:

Y se respira pura

El aura salutífera que impregnan

Con su aroma las flores,

Las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan

Las pasajeras aves

Con cánticos suaves,

Que los sentidos con el alma hechizan.

Allí pasa Beatriz el tiempo breve

De la estacion florida,

Rápida imágen de la corta vida

Que en la tierra habitar acaso debe;

Y allí pasa sus dias á lo menos,

Ya que no entre placeres bulliciosos,

Alegres, y serenos,

Y libres, con sus sueños deliciosos.

Su padre la acompaña,

Y el doctor la visita,

Y en dulce soledad vive sin cuita,

Al mundo entero y al convento estraña.

El oro de don Lúcas de Hinestrosa

Sus caprichos y gustos la previene,

Y con su vida Beatriz se aviene,

Y lejos del convento muy dichosa.

II.

Apenas anochecia:

La luz apuntaba apenas

De melancólica luna

En una noche serena;

Quando en sabrosas memorias

Y en ilusiones risueñas

Embebida está Beatriz,

De su alquería en la puerta.

Cómo sillon la ofrece

La espesa y humilde yerba,

Y el son del aire la arrulla.

Que la acaricia y refresca:

Sobre la rodilla el codo,

La frente en la palma puesta,

Sin direccion las miradas

Y sin norte las ideas,

Está en una de esas horas

De misteriosa pereza,

De tranquilidad y calma

En que nada nos inquieta,

Nada nos place ni turba,

Y nada nos interesa;

Ni se sufre ni se goza,

Ni se quiere ni se piensa.

De esta abstraccion melancólica

Que la absorbe las potencias

Y la embarga los sentidos,

Y el ánima la enajena,

Vino á sacar á deshora

Una voz sonora y recia

Que la dijo:—Buenas noches,

Y á la que respondió ella

Con un ¡ay! que á un tiempo mismo

Miedo indicaba y sorpresa.

¡Silencio! el recien venido

Esclamó, y la mano asiéndola,

Dijo: enemigos me siguen,

Pero es preciso que pierdan

Mi rastro, y que yo del monte

Por la espesura me meta.

BEATRIZ.

¿Y qué quereis?

EL HOMBRE.

Un instante

De descanso, por las breñas

Para seguir mi camino,

Y si mis contrarios llegan,

Un rincón en que ocultarme

Mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,

Entró con libre franqueza

En la alquería, y tendióse

Sobre un sillon de vaqueta.

Siguióle Beatriz absorta,

Y entre turbada y resuelta

Sacó un velon encendido.

Que puso sobre una mesa.

Y hácia el incógnito intruso

Tendió la mirada incierta,

Mas apartóla encontrando

La suya clavada en ella.

Subióla á entrambas mejillas

El carmin de la vergüenza,

Y quedó ante el forastero

De pié, silenciosa y trémula.

Yo no sé qué es lo que tiene